

DAVID MORALES BELLO

El Bolívar
de
siempre

Impreso en los Talleres Gráficos del
Instituto Autónomo Caja de Trabajo Penitenciario.
San Juan de los Morros. Venezuela.

Discurso pronunciado por el doctor David Morales Bello, actuando como Embajador venezolano en Misión Especial, para los Actos de Toma de Posesión Presidencial del Excelentísimo señor Licenciado José López Portillo, en la ciudad de México, con motivo de la develación de una estatua del Libertador Simón Bolívar en Nuevo Laredo, por decisión del Presidente Luis Echeverría Álvarez.

26 de noviembre de 1976

INTRODUCCIÓN

El saliente Presidente mexicano Luis Echeverría Álvarez dispuso incluir, entre los actos de cierre de su ejercicio gubernamental, la develación de una estatua de nuestro Libertador Simón Bolívar, trasladada a la ciudad fronteriza de Nuevo Laredo, después de haber permanecido por años en la ciudad capital. Fue un gesto de extraordinaria significación en la práctica de la hispanoamericanidad robustecida por el creciente acercamiento de los pueblos que en el ayer colonial fueron encadenados por el dominio español.

La deferencia que contiene, compromete una vez más la gratitud del pueblo democrático de Venezuela para con los conductores de la fraterna nación mexicana.

Como jefe de la Misión destacada por el Presidente Carlos Andrés Pérez para representar a Venezuela en los actos de asunción presidencial del Licenciado José López Portillo, me correspondió la honrosa responsabilidad de pronunciar, a manera de discurso, el intento de repaso histórico que se consigna en esta publicación. Mi satisfacción personal tiene humana y comprensible explicación.

Caracas, mayo de 1977

DAVID MORALES BELLO

Excelentísimo Señor Presidente,
Licenciado Luis Echeverría Álvarez;

Honorables Señor Canciller y demás altos dignatarios del Gobierno de
México;

Honorables Señores Representantes del Cuerpo Diplomático acreditado
en este hermoso país;

Respetado Señor Gobernador del Estado de Tamaulipas;

Pueblo de México.

Un honroso deber de gratitud para con quien reunió en sí cuántos méritos imaginar se pueda por la entrega sin reserva a la causa de la libertad, nos trae hoy hasta acá, a este lugar que pareciera señalado por su nuevo huésped como portal que es hacia el corazón del fraterno territorio mexicano, de donde viene en travesía acompañada por el inseparable sentimiento de lealtad que Hispanoamérica tributa a su memoria.

Estamos respetuosamente, frente a una estatua de Bolívar que nos es familiar. La misma que por años recibió la mirada auscultadora de quienes solían transitar por sus alrededores en la ciudad capital, y que ahora, multiplicándose en su presencia histórica y sumándose a la buena voluntad de quienes le rendimos culto al ideario que evoca su nombre, viene a morar, al pie de la frontera y en significativa ubicación geográfica, como buscando hilvanar la majestuosidad del renovado bronce ecuestre, erigido donde en el lejano ayer se levantó la capital azteca de Tenochtitlán, con el símbolo que en escala menor materializó su regreso a este hermoso país, para seguir por siempre y en cualquier punto cardinal sobre el área geográfica del que fuera por tres siglos virreinato de la Nueva España.

Decisión feliz ésta la del Presidente Echeverría de traer a Bolívar a Nuevo Laredo, con significación de resguardo para una incolumidad territorial que nunca pudo serle indiferente. Aquí surgen, por espontánea asociación de ideas, el dilatado panorama de las concepciones libertarias constitutivas de la razón de ser su intranquila existencia y la mercancía territorial hecha huella de un devenir republicano lacerado por la imposición del poder de la fuerza.

Frente a nosotros Bolívar, afianzado por un acontecer que presintió y quiso prevenir con todo el peso de la razón que lo asistía y de su reconocida capacidad persuasiva; y frente a él una lección con sentido de universalidad, que es dura realidad en dinámica enseñanza de lo que él predicó, al mismo tiempo que tanto se esforzó por amurallar la antigua América española con los brazos entrelazados de sus hijos con un mismo origen.

La efigie del hombre histórico hispanoamericano, debe conducirnos a la conjugación de su paso por la vida en términos de actualidad, reclamándonos superar los escollos de las incomprensiones con el auxilio de una madurez a nivel superior del que alcanzan los dictados elementales del instinto. Por eso nos llama a utilizar las experiencias como estímulo provechoso del cultivo de la inteligencia. Nos impulsa, negándonos el mal pretendido derecho a la contemplación, y requiere de todos nosotros la clara conciencia de la responsabilidad, a la hora de las demostraciones sin esguinces para testimoniar con hechos el aprendizaje devenido en legado de quienes afrontaron los horrores de la guerra para proporcionarnos la patria deslastrada de opresiones, de mezquindades y de recelos conducentes a la debilitación. Estamos requeridos de actuar y de impedir que nos devoren nuestras propias indecisiones. De avanzar, pero no ya tratando de elevarnos sobre cuanto podamos poner a nuestros pies auxiliados por el ímpetu de la inhumana destrucción, sino fortaleciéndonos como portadores de un mensaje que nos precedió por más de un siglo y hoy, con las nuevas formas

configuradas por la evolución, se nutre de la misma sustancia que animó la previsión unionista y justiciera característica de la hispanoamericanidad. Mas, nada de eso nos impide hacer un alto en la aplicación de la energía y repasar, con emocionada fruición, las páginas precursoras de la historia que estamos, como discípulos, necesitados de aprender.

Esa historia que nos lleva de la mano a la fuente primigenia de nuestro despertar y que nos empequeñece al contrastar todo cuanto realizaron los forjadores en el ayer con lo que hoy vamos sumando como aportes distantes de la sacrificada heroicidad.

Marchamos, es lo cierto, bajo esquemas trazados al alcance de realidades modificadas por el tiempo. Labramos sobre el producto que antes fue materia prima resistente a la reductibilidad. Y hablamos un lenguaje sustitutivo de las enseñanzas raizales e incorporativo en términos añadidos por el progreso de la humanidad. Ha palidecido, para el momento actual, el prestigio clásico del sistema democrático filosóficamente concebido, para ceder paso al afinamiento constitutivo de la democracia social. La misma que se proyecta y configura en los estadios de un pluralismo a cuya formación concurren los derechos y garantías individuales de 1789, robustecidos por los beneficios colectivos de la intervención del Estado en las áreas esenciales de la vida social, a los fines de satisfacer los imperativos económicos y sociales de nuestros tiempos. La intervención estatal introductora de la planificación ya no es motivo de escándalo ni indicador de desviaciones democráticas sino recurso lícito y destacable en la búsqueda de soluciones para las necesidades populares. Pero, por supuesto, no nos hemos librado aún de la maldición de Caín y tendemos a provocar situaciones significativas de dificultades para la armoniosa coexistencia supranacional, requerida del sosiego que da la paz.

¿Será acaso esta fatalidad la constante inseparable de los seres humanos? Un atrevido retruécano del pensamiento de Descartes pudiera hacernos razonar así: *procedo mal, humano soy*; para, en esta nada original conclusión, fincar el pase al viejo acontecer y repasar las huellas del troquel que al ritmo de los años fue añadiendo facetas a la existencia poligonal de la hispanoamericanidad.

Este Bolívar que ahora nos observa, con la mirada impenetrable del metal, estuvo antes aquí personalmente. Venía, en su temprana juventud, rumbo a Europa, con destino a España y Francia. No obstante su corta edad, reunía precipitadas experiencias. Tras su estada como cadete, de las milicias de Aragua fundadas por su padre, había alcanzado el grado de teniente. Y había sido testigo presencial del ahorcamiento y macabra exhibición de la cabeza seccionada de José María España, un precursor de la lucha independentista de Venezuela. El aleccionamiento de Simón Rodríguez le había hecho saber cuán crueles eran los españoles trocados en colonizadores. Llegó a Veracruz y desde allí escribió su primera carta desde el exterior para familiares y amigos, ansiosos de saber cómo se iba a desenvolver distante de sus relaciones hogareñas. Esa carta, que es introito en los volúmenes recogedores de la vasta producción literaria, filosófica y creadora del Libertador, aparece fechada en la Veracruz que tan dentro llevamos mexicanos de nacimiento y por extensión. Trasladado a la capital, Bolívar fue atendido en audiencia por el Virrey, ante quien, intrépidamente, asumió la defensa de la Revolución Francesa (era el año de 1799, mes de enero), definiéndose ante él como decidido partidario de la independencia de América.

Faltaba poco tiempo para que Venezuela diera el paso inicial de la ruptura con el gobierno español, abriéndose el camino que comenzara a trillar el 19 de abril de 1810 por influjo de la generación libertadora a cuya cabeza se puso colocar Simón Bolívar. El mismo, que con palabras fervientes hechas resonar, recalcó, con la más absoluta decisión, el transcurrir oscurantista de trescientos

años de dominación, para concluir: “Pongamos sin temor la piedra fundamental de la Libertad Suramericana: vacilar es perdernos”.

¡Se proyectaba como un gran orador...!

Faltaba también poco tiempo para el “Grito de Dolores”, que en la madrugada del 16 de septiembre de 1810 don Miguel Hidalgo lanzó como voz inicial de la independencia mexicana y sostuvo hasta caer —como el venezolano José María España— con la cabeza seccionada que los españoles también exhibieron para continuar amedrentando, macabramente, en tierras de opresión, a los amantes de la libertad... Noción de tiempo que se extiende para comprender el fusilamiento de Morelos —aquel patriota del Congreso Nacional de Chilpancingo— constituido por igual de un símbolo de la capacidad destructiva de la fuerza hecha poder. ¿Podemos acaso desdeñar el eco del Congreso Nacional de Chilpancingo que proclamó la independencia de México a la altura de 1813 y declaró a Bolívar ciudadano mexicano, por feliz iniciativa de la hermandad latinoamericana que aquí siempre ha estado presente? La idea de la convocatoria para su reunión, revelaba con característica de pensador y de estadista, al patriota que se hizo soldado de la lealtad al mantener en alto, hasta la muerte, el estandarte de la libertad izado por Hidalgo.

La ampliación de horizontes llevó a Bolívar a estudiar a Madrid, de donde pasó a Francia y regresó a Caracas para volver al Viejo Mundo, con asiento en Francia e Italia. Entonces, reencontrado con su viejo maestro Simón Rodríguez, robustece su formación republicana, y es cuando el sabio Alejandro Humboldt lo impresiona por su erudición, su capacidad organizativa, su condición de visionario y de estadista, además de hombre franco que se manifestó dudoso respecto a la posibilidad de que algún venezolano en aquellos momentos pudiera darle la independencia a su país.

Data de ese mismo entonces el acto de presencia del futuro Libertador en la autoproclamación de Napoleón como emperador, ante cuya soberbia de corso aclamado por las multitudes, Bolívar reaccionó repudiando procedimientos chocantes a su mentalidad republicana. Y es de época igual a su ascenso al Monte Sacro —en la Roma Imperial— para afirmar, con frases pletóricas de expresión protestataria, que libertaría a su país, profundizado así en el cultivo de la política como el arte de lo imposible.

A los 24 años de edad regresaba a Venezuela, dedicándose a conspirar contra el yugo español, hasta el amanecer del 19 de abril de 1810, cuando triunfa la revolución.

Cumple misión en Londres y convence al precursor Francisco de Miranda hasta hacerlo regresar a Venezuela.

Nace la primera república suramericana, y Bolívar, con el grado de teniente coronel, comenzaba a luchar en los campos de batalla.

En marzo de 1812 pone a prueba la irreductibilidad de su carácter cuando, frente a la catástrofe del terremoto que azota a Caracas, desafía la propia naturaleza. Estado de necesidad llamaríamos hoy a lo que fue su intervención, fuera de lo común, en aquella conmovedora circunstancia que los adversarios de la independencia adoptaban con prontitud, tratando de asociar inconsultamente a Dios en el mantenimiento del yugo español.

Otra catástrofe, ésta de naturaleza militar, pone fin a la Primera República; pero Bolívar, sin dejarse agobiar por el desaliento, se va a la Nueva Granada donde continúa su lucha por la libertad. Cómo tuvo razón el español Morillo cuando dijo de él: “es más temible vencido que vencedor”.

Tampoco decae Bolívar al perderse la segunda República en 1814, no obstante que corto tiempo antes la Caracas entusiasta de la revolución lo ha recibido con alborozo, otorgándole el título de Libertador, en reconocimiento a su campaña admirable.

De su pluma emerge la “Carta de Jamaica”, destinada a confirmar su fe en la libertad de la América española, y en cuyo texto hace expresa referencia a México, prediciendo lo que aquí ocurriría con los intentos de imperio realizados por Iturbide, Maximiliano y Porfirio Díaz, así como con lo que pudiéramos considerar la etapa actual, con punto de partida en la revolución de principios de siglo.

También fue obra de su genialidad la idea de reunir el Congreso de Angostura, en cuyo histórico discurso —pieza de elevada calidad literaria, filosófica y política— traza con precisión los conceptos definitorios del gobierno republicano fundamentado en la igualdad de los hombres, en la soberanía del pueblo, en la división de los poderes, en la libertad civil, en la proscripción de la esclavitud, en la abolición de la monarquía y de los privilegios de la antidemocracia. Sin más, la potestad civil, encuadrada por la Ley, en primacía frente a las imposiciones de la fuerza.

En septiembre de 1816, Bolívar había iniciado la preparación del triunfo que más tarde coronara en Carabobo, previa declaración de que “el día de la América ha llegado”, en anuncio de sus auspicios por la creación de la Gran Colombia. Boyacá, precedida del portentoso “Paso de los Andes”, fue la antesala de la acción que selló la Independencia de Venezuela el 24 de junio de 1821.

Seguirán Bomboná, Pichincha y Ayacucho, conducentes a la fundación de Bolivia, cuya Carta Fundamental testimonió cuán profundos eran los conocimientos del Libertador en doctrina política fundamentada en las

enseñanzas del mundo en evolución. En patriótico haz, el timbre bolivariano unía en nación a cinco repúblicas libres, soberanas e independientes, dando fe de cuánto puede hacer el ser humano cuando actúa impulsado por propósitos nobles y se confunde, a título de entrega, con la causa hecha razón de una existencia despersonalizada.

Su mano certera, jamás desprendida de su entusiasmo visionario por la unidad hispanoamericana, traza con precisión los perfiles del principio vinculante de la nacionalidad con la soberanía territorial. Es éste su pensamiento: “Puesto que la América hispana tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse”.

Da por existente la nacionalidad hispanoamericana, a manera de “Pacto implícito y virtual de la identidad de causa, principios e intereses”.

Hace descansar en la delimitación geográfica de los antiguos virreinos, capitanías generales o presidencias el fundamento territorial del nuevo orden. Es el principio jurídico del *uti possidetis juris* que trasunta repudio para el establecimiento de colonias donde antes se conformó la América española. Esa América a la que quiso convocar para Panamá, mediante comunicaciones dirigidas a Colombia, México, Río de la Plata, Chile y Guatemala, genérica y expresivamente denominadas por él “nuestras repúblicas”.

Esa era su rúbrica, después de quince años de incansable agitación, guiado por el convencimiento de que “una sola debe ser la patria de todos los americanos”.

Quería consolidar la *unión* para prevenirse de la anarquía.

Buscaba el equilibrio en defensa de su obra, concebida y realizada con ánimo de generosidad. Procuraba la preservación de la igualdad, denominándola “ley de las leyes”, para situarla a nivel del respeto reservado para la Constitución.

Había escrito: “La libertad práctica no consiste en otra cosa que en la administración de justicia y en el cumplimiento perfecto de las leyes para que el justo y el débil no teman”.

Su modo de pensar, las ideas que alumbraban su verbo convincente; sus acciones, no suenan a lo desconocido en esta tierra mexicana con cuyo barro se unió sangre patriota en la aurora de la nacionalidad, porque aquí, bajo este cielo que cubre por igual la faz que cobijó las ideas independentistas acariciadas con esperanzas sembradas en lo que habría de venir, se inició, en la perennidad del tiempo más allá de toda meditación, el diálogo identificatorio entre la personificación del heroísmo y de la genialidad suramericanos y la memoria respetable de quienes llenan las páginas de la mejor historia que con justa razón motiva el sano orgullo de los mexicanos.

Allá, en los pasajes de 1810, Hidalgo y Bolívar concurrieron por igual a testimoniar ante los opresores españoles la rebeldía que el sol brillante latinoamericano hacía circular con ímpetu irrefrenable por sus venas enraizadas en la tierra natal. Con edad física desigual, ambos patriotas hallaban su nivel en la entrega a la causa por la conquista de la libertad. Ese testimonio recogió cuanto hicieron sus precursores nacidos en enemistad con la sumisión impuesta por los conquistadores. ¡No fue entonces un diálogo con punto de partida en el hito de aquel inolvidable año de 1810!

Tampoco es de extrañar el diálogo ideal entre el hijo epónimo de Caracas y ese retoño del pueblo de Valladolid, que desde los inicios de la lucha por la independencia levantó tropas en el Sur, renunció al Congreso Nacional de

Chilpacingo y sacó a la luz la llamada Constitución de Apatzingán, para marchar triunfante sobre Orizaba, Oaxaca y Acapulco, para luego sentir el dolor de la derrota en Tezmalaca, que con seguridad lo impactó más que la pérdida de su propia vida por fusilamiento. El diálogo ideal con el Morelos de finales de 1815, que tres años antes, en el fatídico 1812 para los patriotas de México y de Venezuela, había sufrido la angustia de su estancamiento en el sitio de Cuautla, donde los realistas lo inmovilizaron por tres interminables meses. ¿Coincidencia meramente temporal con éste (el de la estatua) Libertador y justicieramente declarado ciudadano mexicano por razones de honor? No. Destino histórico. Lugar en la historia. Reconocimiento en nuestros corazones. Porque el Bolívar triunfante de la consumación de la obra emancipadora padeció, y no una vez, los rigores de la derrota. Fue precisamente en aquél difícil año de 1812 cuando en el Puerto Cabello de Venezuela hubo la pérdida de nuestra Primera República, correspondiéndole al Libertador defender la plaza cuya jefatura militar ejercía como teniente-coronel. Y cuando Morelos cae bajo la destrucción de su fusilamiento, el Bolívar que aquí nos reúne hoy bajo el esplendor de sus triunfos imperecederos no era más que un ferviente luchador obligado a refugiarse entre Jamaica y Haití. Entonces, la suerte no le sonreía a nuestros héroes, distanciándolos mucho del disfrute de un envidiable “lecho de rosas”. Y esa suerte que entrecruzaba las vidas de Bolívar y Morelos se ensañaba sobre la humanidad del héroe mexicano.

Vidas desprendidas de esa demasiado crecida dosis instintiva de conservación que a tantos ha llevado y lleva a la anteposición del *yo*, en desdén del *nosotros* y del *ustedes*. Vidas tempranamente conscientes de la jerarquización consagrada de la sensibilidad social y el convencimiento de que la utilidad para todos es condicionante de la utilidad individual. Conmovedor paralelismo histórico, discurrido en el tiempo pero hecho vertiente en la meta común de

hacer libre, independiente y soberana, la tierra de cuyas entrañas se emerge con el sentimiento hecho hombre y la convicción de que los egoísmos y los provincianismos son enemigos irredentos del bien común. Lecciones de dignidad; una enseñanza de que el amor a la patria no es —no puede ser— una intimidad sino una acción, con proyecciones materializadas en obras duraderas. Desdeño por lo particular; por la interpretación del gentilicio como algo diferente a la insignia enaltecida y dignificante. Respeto pedagógico a los dictados de la inteligencia, como estímulo para saber sobrevolar, sin extinguirlas, las fronteras de una geografía materializada en eslabón ajustante del portador de las ideas superadas a la inmovilidad del medio donde el sol matiza por primera vez la tez curtida con las nociones ancestrales del deber ser. Apuntamiento de unos seres humanos excepcionales por su grandeza y noción de humanidad, que sin olvido de la individualidad, relegan estrecheces y apartan el temor a las incomprensiones motivadas por el hinchamiento de una fuerza telúrica al servicio de la especulación. Heraldos de un modo de vivir consustanciado con la prórroga de las propias vivencias para sumarlas, como cifras del más alto valor, a la existencia robustecida por unos horizontes abiertos al crecimiento de lo que no debe perecer por inanición. Valores humanos sanamente orgullosos de los dones de la nacionalidad, pero jamás envilecidos por la pérdida de la valoración universal que ensancha las posibilidades de ser útil *a* y *para* los demás. Hijos perseverantes con los trazos de las idiosincrasias maduradas de la tradición, pero jamás minimizados por erróneos o falsos distintivos de la nacionalidad tomada como escudo a favor de los malos pensamientos, de los principios artificiales y de la sinrazón. Ejemplos que nos honran aportándonos el derecho a citarlos en casa como pertenencias de la libre humanidad. Intérpretes calificados de un paralelismo en la acción simultánea que fue interpretación de los más hondos sentimientos de unos pueblos para entonces en los albores de la plena comunicación.

Por todo eso, Hidalgo, Morelos y Bolívar fueron predicadores con fuerza de predecidores; visionarios, intérpretes de una sangre sin temor a brotar de sus vasos conductores para regar el camino necesitado de execrar asperezas, en acercamiento a las metas de la añorada libertad.

Hay un sino que se capta en la historia como identificadorio de los que nacen portando una existencia destinada a la ofrenda en beneficio de los demás. Han sido ellos los menos, y eso explica el por qué del fervor y del respeto con que invocamos sus nombres hechos universalidad.

Bolívar, en extensión del diálogo ideal con Hidalgo y con Morelos, llegó un buen día, en esta plástica expresión de su fisonomía incorporada al acontecer de la fronteriza comunidad de Nuevo Laredo, a intercambiar miradas con los moradores y transitantes de la ciudad capital. Y hoy, en proyección inextinguible de lo que supo ser, ha venido, por las rutas interioranas de esta patria mexicana de hombres libres, a ocupar su lugar en un pueblo destinado a relieves más aún su mensaje imprescindible, en salvaguarda de la hispanoamericanidad.

En sus años mozos, ese ejemplo inmortal que nos inspira, transitó a pie y en la fortalecedora compañía de su maestro don Simón Rodríguez, para cruzar ciudades situadas en la Francia milenaria y en la Italia, cuna cultural. Y ahora, en su inconmensurable eternidad, ha querido recorrer los pueblos que sufrieron los avatares de la guerra independentista para llegar aquí, hecho lugar de cita este Nuevo Laredo, y reunirnos a mexicanos y venezolanos confundidos en el ideal de la gran patria latinoamericana, con la que tanto él soñó. El tránsito lo ha hecho acompañado de la nobleza fraternal del gobierno y del pueblo mexicanos.

Se cumplen los destinos presentidos como señales esperanzadoras de la siembra de la libertad. Gana la vocación republicana en guerra contra un tiempo que se tornó en aliado de la dignidad. Dos pueblos, dos naciones, dos

expresiones de la capacidad de autodeterminación de los seres humanos, identificados en la fe por una sola causa, se unían en designios que ahora se confirman y traducen en ejecutorias del más elevado grado de superación. Protagonistas de la ruptura del yugo español, son hoy nuestros pueblos motores impulsantes de lo que nos demanda la civilización. Nada nos falta para comportarnos como dignos sucesores de los predecesores en la conducción de las comunidades nacionales reunidas en patria espiritual. La siembra se cumplió y los frutos no se niegan a continuar la ruta de la redención. Ayer, con esquemas trazados por la entonces realidad, todo estaba por hacer. La tarea, en términos de hoy, es de fortalecer y convencer. El fervor popular ha sabido trillar las vías elevadoras de la perseverancia con mística que impulsa a la superación. Ya no hay huellas de la división facilitadora del avance del conquistador. Las cenizas cubren las novedades que un Hernán Cortés, desdoblado en aventurero del maquiavelismo, le comunicara a Carlos V, mediante cartas jactanciosas, por una dominación auxiliada por la carcoma de la división. Pero no dejemos de repasar las enseñanzas del Libertador: “Uníos, uníos, o la anarquía os devorará”. Demostremos que es la misma condición humana legada por el ayer que gestó nuestra existencia inquebrantable. Confirmemos, con la herramienta cotidiana, que no hemos extinguido la herencia predestinada a insuflarnos la verdad de la hispanoamericanidad. Latinos, americanos, libres y conscientes de la responsabilidad democrática que supone el respeto por la libertad, vivamos, sin seccionamientos lesivos al origen común que da fuerza a la búsqueda de la cima reconfortante, como portadores del ideario aceptado y recibido sin beneficios de inventario.

Más allá de la contemplación histórica, orientamos nuestra manera de vivir mediante las luces de una sabiduría inquebrantablemente actual. La sabiduría de Simón Bolívar, quien, al pensar en sí mismo a la lectura de 1828, se calificaba

como simple instrumentos de los grandes móviles que, a manera de fuerzas irresistibles habían dirigido la marcha de los sucesos que hicieron posible la proeza de nuestra independencia. El mismo que, mirando con tristeza, se negaba a pasar a la historia como el tirano capaz de arrollar cuanto no se sometiera a sus imposiciones y reconocía en el vientre del tiempo la fuente por excelencia de las esperanzas mejoradoras del porvenir cargado de prodigios superiores a los pretéritos. El héroe que, como pensador, se sabía un mortal sometido a los ataques que la envidia siempre lanza contra los que se superan y no conjugan la atención de las responsabilidades con el halago a las prepotencias engréidas. El que se negaba a dejarse arrebatado por el huracán de los resentimientos y dispensaba amistad y gratitud a quienes les brindaron oportuna colaboración. El soldado que no ocultaba su admiración para quienes, aquí en México, por allá en el año 1812 y mediante plan concebido por el gobierno de Zulpotec, invitaron al virrey, con encomiable sabiduría, a humanizar las prácticas de la guerra interna mediante aplicación del derecho de gentes y la execración de la crueldad. El gobernante evolucionado que no se resistió a los cambios impuestos por la necesidad de acompañar las circunstancias, los tiempos y los hombres, a los fines de no quedarse atrás en el avance constante de la humanidad movida por el instinto que tienen todos los seres humanos de aspirar a su mejor felicidad posible.

¡Simón Bolívar!, protagonista relevante de los hechos que entrelazan lo histórico con el por qué y para qué de nuestro presente. El genio, el talento, la imaginación, la acción emprendedora bajo el concepto de la siembra irrenunciable de la patria como resultado final compartido con las futuras generaciones incorporadas de por siempre a la materialización de las ideas. El soñador que llegó a los límites de la utopía sin caer en la comunión del idealismo hipertrofiado porque supo distinguir a tiempo las falsas salidas contra los males

que se combaten de la racional demarcación de las pautas a seguir para superar las situaciones insatisfactorias. El ser humano con sentido de la justedad que jamás empequeñeció su indiscutida grandeza ironizando, criticando con mordacidad, caricaturizando o ridiculizando a los no sometidos sin reserva a la que creyera su irrevisable manera de pensar. El republicano a carta cabal que supo inspirar la mayor suma de respeto sin merma del suyo por el modo de ser de los demás. La personificación de una grandeza a la que el tiempo no ha logrado opacar. La encarnación de la naturaleza invariable del hombre que por obra y gracia de su inteligencia se previno por siempre en relación con las crecientes exigibilidades que comporta el devenir. El docente del pensamiento, de la filosofía política, de la práctica gubernamental y de la conducción de las colectividades. El forjador de la historia que bien puede mirarnos de frente, como lo hace en estos instantes de nuestra comparecencia ante el bronce reconocedor de su inextinguible aporte a la causa de la libertad, porque nada hizo para negarse frente a su propia obra destinada a servir con fuerza de perennidad.

Muchas gracias al gobierno y al pueblo de México, en expresión total de los sentimientos del gobierno y del pueblo venezolanos.